

## DOCUMENTACION

# CARTA DE JUAN PABLO II A LOS OBISPOS DE NICARAGUA

### Hermanos en el Episcopado:

Mientras, en obediencia a la misteriosa llamada que lo hizo Sucesor de Pedro, de buena gana entrega lo que tiene y hasta se entrega a sí mismo por el bien de todos (cf. 2 Cor 12, 15), el Papa no olvida sus propios deberes hacia quienes, en las Iglesias Particulares de todo el mundo desempeñan, en medio a no pocas dificultades, el ministerio de Pastores.

A ellos los une un vínculo especial. Especial por sus raíces evangélicas, pues a Pedro, a quien habla conferido el primer puesto entre los Doce, Jesús quiso confiar en un momento solemne de su vida, la misión de confirmar a sus hermanos en la fe y en el servicio apostólico (cf. Lc 22,32). Especial también por su naturaleza teológica: el Concilio Vaticano II, profundizando la antigua doctrina de la colegialidad episcopal, subrayó con riqueza de conceptos y de expresiones que el Colegio episcopal "en cuanto compuesto de muchos, expresa la variedad y la universalidad del Pueblo de Dios, y en cuanto reunido bajo una sola cabeza, significa la unidad del Cuerpo de Cristo" (Lumen gentium, 22; cf. Christus Dominus, 4).

Por razón de este vínculo, al que el aspecto dogmático no quita nada a su dimensión profundamente afectiva, y dadas las peculiares circunstancias en las que sois llamados a ejercer vuestro ministerio episcopal, sabed que os estoy muy cercano. Cercano en cuanto "no ceso de dar gracias acerca de vosotros y de hacer memoria de vosotros en mi oración" (Ef 1,16). Cercano por la intención e interés con los que me informo constantemente sobre vuestras actividades pastorales. Cercano por el sostén espiritual a vuestra labor, tan devota cuanto exigente y delicada, en favor de la promoción humana, personal y colectiva de vuestras gentes. Cercano, finalmente en mi fraterna solicitud por vuestro quehacer de Pastores y Maestros en las Iglesias a vosotros confiadas.

Además, la fiesta de hoy de los Apóstoles Pedro y Pablo, avivando en nosotros el sentido de la Colegialidad, me da la oportunidad de escribiros, con el "vivo deseo de veros, para comunicaros algún don espiritual con el cual seáis fortificados" (Rom 1,10).

Quisiera que encontrarais ya en las precedentes consideraciones la primera y fundamental expresión del aliento y estímulo que deseo comunicaros. Un Obispo nunca está solo,

puesto que se encuentra en viva y dinámica comunión con el Papa y con sus hermanos Obispos de todo el mundo. No estáis solos: os sostiene la presencia espiritual de este hermano mayor vuestro y os rodea la comunión afectiva y efectiva de miles de hermanos.

Pero os quiero invitar a pensar en otra, más reducida pero no menos importante dimensión de la comunión: la comunión entre vosotros mismos, miembros de esa querida Conferencia Episcopal de Nicaragua.

Esta comunión, nacida de la participación en la plenitud del sacerdocio de Jesucristo, no es meramente externa, no está hecha de convenciones o protocolos; es una comunión sacramental y como tal debe ser puesta en práctica.

Os confieso que no puedo tener gozo más grande que el de saber que entre vosotros prevalece por encima de todo lo que pudiera dividirlos, esta unidad esencial en Cristo et in Ecclesia. Unidad tanto más exigente y necesaria cuanto de ella dependerá, por un lado la credibilidad de vuestra predicación y la eficacia de vuestro apostolado, y por otro la comunión que, supuestas las conocidas dificultades, tenéis la misión de construir entre vuestros fieles

Ahora bien, esta unidad de los fieles aparece a nuestros ojos como el don quizá más precioso —porque frágil y amenazado— de esta Iglesia en Nicaragua vuestra y nuestra.

Lo que declaró el Concilio Vaticano II sobre la Iglesia universal, que es señal e instrumento de la unidad a construir en el mundo y en la humanidad (cf. Lumen gentium, 1), se puede aplicar, en la debida medida, a las comunidades eclesiales a todos los niveles.

Por eso la Iglesia en Nicaragua tiene la gran responsabilidad de ser **sacramento**, es decir señal e instrumento de unidad en el País. Para ello debe ser ella misma, como comunidad, una verdadera unidad e imagen de la unidad.

A este respecto, hay recordar que cuantos más fermentos de discordia y desunión, de ruptura y separación existen en un ambiente, tanto más la Iglesia debe ser ámbito de unidad y cohesión. Pero lo será solamente si da testimonio de ser "cor unum et anima una" gracias a principios sobrenaturales de unidad, suficientemente enérgicos y determinantes para vencer las fuerzas de división a las cuales ella también se encuentra sujeta.

Puesto que sois por vocación divina signos de unidad,

ojalá logréis que no se dividan a causa de opuestas ideologías los cristianos de vuestro País, a quienes congrega "un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre", como ellos suelen cantar inspirándose en palabras del Apóstol Pablo. Y ojalá que unidos por la misma fe y rechazando todo lo que es contrario o destruye esa unidad, vuestros cristianos se encuentren acomodados en los ideales evangélicos de justicia, paz, solidaridad, comunión y participación, sin que los separen irremediablemente opciones contingentes nacidas de sistemas, corrientes, partidos u organizaciones.

Crece, bajo este punto de vista, vuestra responsabilidad, pues en torno al Obispo debe tejerse concretamente la unidad de los fieles.

Conocéis la gran importancia de las cartas de San Ignacio de Antioquía, sea por la autoridad de quien las escribe —un discípulo del apóstol amado— sea por la antigüedad que hace de ellas el testimonio de un momento vital en la historia de la Iglesia, sea por la riqueza de su contenido doctrinal. Pues bien, con términos muy fuertes Ignacio demuestra en estas cartas, ciertamente para responder a las primeras dificultades en este campo, que no hay ni puede haber comunión válida y durable en la Iglesia sino en la unión de mente y corazón, de respeto y obediencia, de sentimientos y de acción con el Obispo. Lo de las cuerdas de la lira es una imagen hermosa y sugestiva de una realidad más profunda: el Obispo es como Jesucristo, hecho presente en medio de su Iglesia cual principio vivo y dinámico de unidad. Sin él esta unidad no existe o está falseada y por tanto, es inconsistente y efímera.

De ahí lo absurdo y peligroso que es imaginarse como al lado —por no decir en contra— de la Iglesia construida en torno al Obispo, otra Iglesia concebida como "carismática" y no institucional, "nueva" y no tradicional, alternativa y como se preconiza últimamente, una Iglesia popular.

No ignoro que a tal denominación —sinónimo de "Iglesia que nace del pueblo"— se puede atribuir una significación aceptable. Con ella se querrá señalar que la Iglesia surge cuando una comunidad de personas, especialmente de personas dispuestas por su pequeñez, humildad y pobreza a la aventura cristiana, se abre a la Buena Noticia de Jesucristo y comienza a vivirla en comunidad de fe, de amor, de esperanza, de oración, de celebración y participación en los misterios cristianos, especialmente en la Eucaristía.

Pero sabéis que el documento conclusivo de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla declaró "poco afortunado" este nombre de "Iglesia Popular" (cf. n. 263). Lo hizo, después de maduro estudio y reflexión entre Obispos de todo el Continente, porque era consciente de que este nombre encubre, en general, otra realidad.

"Iglesia Popular", en su acepción más común, visible en los escritos de cierta corriente teológica, significa una Iglesia que nace mucho más de supuestos valores de un estrato de población que de la libre y gratuita iniciativa de Dios. Significa una Iglesia que se agota en la autonomía de las llamadas bases, sin referencia a los legítimos Pastores o Maestros; o al menos sobreponiendo los "derechos" de las primeras a la autoridad y a los carismas que la fe hace percibir en los segundos. Significa —ya que al término **pueblo** se da fácilmente un contenido marcadamente sociológico y político— Iglesia encarnada en las organizaciones populares, marcada por ideologías, puestas al servicio de sus reivindicaciones, de sus programas y grupos considerados como no pertenecientes al pueblo. Es fácil percibir y lo indica explícitamente el documento de Puebla— que el concepto de "Iglesia Popular" difícilmente escapa a la infiltración de connotaciones fuertemente ideológicas, en la línea de una cierta radicalización

política, de la lucha de clases, de la aceptación de la violencia para la consecución de determinados fines, etc.

Cuando yo mismo en mi discurso de inauguración de la Asamblea de Puebla, hice serias reservas sobre la denominación "Iglesia que nace del pueblo", tenía en vista los peligros que acabo de recordar. Por ello, siento ahora el deber de repetir, valiéndome de vuestra voz, la misma advertencia pastoral, afectuosa y clara. Es una llamada a vuestros fieles por medio de vosotros.

Una "Iglesia Popular" opuesta a la Iglesia presidida por los legítimos Pastores es —desde el punto de vista de la enseñanza del Señor y de los Apóstoles en el Nuevo Testamento y también en la enseñanza antigua y reciente del Magisterio solemne de la Iglesia— una grave desviación de la voluntad y del plan de salvación de Jesucristo. Es además un principio de resquebrajamiento y ruptura de aquella unidad que El dejó como señal característica de la misma Iglesia y que El quiso confiar precisamente a los que "el Espíritu Santo estableció para regir la Iglesia de Dios" (He 20,20).

Os confflo pues, amados Hermanos en el Episcopado, el encargo y tarea de hacer a vuestro fieles, con paciencia y firmeza, esa llamada de fundamental importancia.

Tenemos todos presente en el Espíritu el dramático concepto de mi Predecesor Pablo VI, cuando escribía en su memorable exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* que los peligros más insidiosos y los ataques más mortíferos para la Iglesia no son los que vienen desde fuera —estos sólo pueden afianzarla en su misión y en su labor— sino los que vienen desde dentro.

Traten pues todos los hijos de la Iglesia, en este momento histórico para Nicaragua y para la Iglesia en este País, de contribuir a mantener sólida la comunión en torno a sus Pastores, evitando cualquier germen de fractura o división.

Llegue sobre todo tal llamada a la conciencia de los Presbíteros, sean oriundos del País, misioneros que desde hace años consagran sus vidas al ministerio pastoral en esa Nación o voluntarios deseosos de dar su contribución a los hermanos nicaragüenses, en una hora de suma trascendencia. Sepan que si quieren de veras servir al pueblo como sacerdotes, este pueblo hambriento y sediento de Dios y lleno de amor a la Iglesia, espera de ellos el anuncio del Evangelio, la proclamación de la paternidad de Dios, la dispensación de los misterios sacramentales de la salvación. No es con un papel político, sino con el ministerio sacerdotal con el que el pueblo los quiere tener cercanos.

Llegue tal llamada a la conciencia de los religiosos, nativos o venidos del exterior. La gente de este País los quiere ver unidos a los Obispos en una inquebrantable comunión eclesial, portadores de un mensaje no paralelo, menos aún contrapuesto, sino armónico y coherente con el de los legítimos Pastores.

Llegue tal llamada a cuantos se encuentran por algún título al servicio sincero de la misión de la Iglesia, especialmente si están en puestos de particular responsabilidad como en la Universidad, los Centros de estudio e investigación, los medios de comunicación social, etc. Ofrezcan su disponibilidad a servir en conformidad con la disposición igualmente generosa y decidida de sus Obispos y de la grandísima porción del pueblo que, con los Obispos, quieren el bien del País, inspirándose en las orientaciones de la Iglesia.

Os exhorto en fin, queridos Hermanos, a proseguir aún en medio a no leves dificultades, en vuestra labor incansable, para asegurar la presencia activa de la Iglesia en este momento histórico que vive el País.

Bajo vuestra dirección de solícitos Pastores, ojalá que

los fieles católicos de Nicaragua den constantemente un claro y convincente testimonio de amor y capacidad de servicio a su País, no menor ni menos eficaz que el de los demás. Un testimonio de clarividencia frente a los hechos y situaciones. De plena disponibilidad a servir la auténtica causa del pueblo. De valentía en proponer, en cada situación, el pensamiento y orientaciones —lo que muchas veces he llamado el camino— de la Iglesia, aún cuando estos no estén en concordancia con otros caminos propuestos.

Deseo, espero y os pido que hagáis todo lo posible para que en vosotros y vuestras gentes la fidelidad a Cristo y a la Iglesia, lejos de disminuir, confirme y enriquezca la lealtad hacia la Patria terrena.

Con esta oportunidad me complazco en daros fraternalmente, en prenda de abundantes gracias divinas para vuestras personas y vuestro ministerio, mi cordial Bendición Apostólica, que extendiendo a todos vuestros fieles.

Vaticano, 29 de junio de 1982.

## CONSTRUYENDO LA PAZ EN AMERICA CENTRAL, DISCURSO DE THOMAS O. ENDERS

Palabras pronunciadas por el Embajador Thomas O. Enders, Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Inter-Americanos en el "Commonwealth Club" de San Francisco, California, el 20 de agosto de 1982

Cada nueva crisis deja ver más claramente los obstáculos que se oponen a la paz en América Central.

América Central es el escenario de profundas divisiones políticas tanto entre las distintas naciones como dentro del seno de cada una de ellas. Es víctima de perturbaciones económicas en sus sistemas económicos, ya debilitados por los elevados precios del petróleo e insuficiencias internas, devastados por la recesión mundial. A esto hay que añadir la fragmentación causada por las tensiones sociales, las excesivas demandas que el crecimiento demográfico impone a los servicios públicos, y las aspiraciones populares que sobrepasan sus posibilidades históricas.

Pero la vorágine de la violencia que ha truncado tantas vidas es una consecuencia directa del choque de dos posturas diametralmente opuestas frente a estos problemas. Una es la adoptada por la derecha violenta: no prestar atención a los problemas socio-económicos, y, cuando esto resulta imposible, sacrificar a los mensajeros de la desesperación. La otra es la que sigue la izquierda al exacerbar las injusticias y provocar la confrontación, pretendiendo así justificar el asalto del poder por medio de las armas.

La persistencia con que las minorías extremistas tratan de resolver los problemas de la región mediante el uso de la violencia domina la idea que el mundo exterior se ha formado de América Central. Y, sin embargo, la historia de América Central en los tres últimos años es que primero la derecha, y ahora la izquierda, han ido perdiendo terreno gradualmente frente a quienes creen que la democracia y el imperio de la ley —no la violencia— constituyen la única vía posible al progreso.

Permítanme exponer brevemente las líneas generales de esa historia, ya que encierra la clave de las verdaderas oportunidades que están ahora surgiendo para poner fin a la violencia y establecer la paz.

Solíamos decir que América Central era una colección de mezuquinas dictaduras, lo cual —con la excepción de la vigorosa democracia de Costa Rica y dejando margen para lo que en ello hay de estereotipo— frecuentemente era cierto. Esto no significa que no existía crecimiento económico y cambio social. En realidad, un vigoroso desarrollo económico y cambio social a menudo chocaban con instituciones políticas inalterables, incomprensivas y, a veces, represivas.

El orden antiguo se desplomó con la huida de Somoza en Julio de 1979. Durante más de cuarenta años, los Somozas habían gobernado a Nicaragua. Pero, poco a poco, el régimen había ido perdiendo apoyo —de la Iglesia, la prensa, así como de los profesionales y hombres de empresa, muchos de los cuales vieron a sus hijos e hijas irse a las montañas o a las calles— y al fin se encontró librando una guerra contra su propio pueblo.

Meses después, el represivo gobierno del General Romero en El Salvador, último de una serie de gobiernos militares que habían dirigido a ese país desde los años 30, fue derrocado por un grupo de jóvenes oficiales comprometidos a establecer instituciones democráticas y reformar el injusto y cruel sistema de tenencia de la tierra.

Una de las normas más desafortunadas de la historia es que el extremismo genera extremismo. En vez de considerar el debilitamiento de las dictaduras tradicionales como una oportunidad de organizar la democracia, la caída de Somoza y las dificultades de otros gobiernos establecidos excitaron el apetito de los radicales controlados por motivos que iban desde los utópicos hasta los cínicos. En Nicaragua, un grupo recalcitrante de ideólogos marxista-leninistas comenzó a consolidar un monopolio de fuerza con ayuda cubana, con la creación del mayor estamento militar en la historia de la América Central.

Convencidos de que su propio poder solo podría estar a salvo si se instaurasen gobiernos similares en otros países de América Central, los nuevos caudillos de Nicaragua se unieron a Cuba para adiestrar y apertrechar a izquierdistas violentos de El Salvador que estaban tratando de llegar al poder explotando los disturbios provocados por el colapso del orden tradicional y los esfuerzos de reforma del nuevo gobierno.

La izquierda violenta de la América Central hizo irrupción en la escena alegando tener la historia de su parte. Esta reivindicación reflejaba dos ventajas prácticas. Una era de carácter psicológico: la combinación de ignorancia y repulsa con que el mundo exterior mira a la América Central permite a los hombres y mujeres formados principalmente en las artes del terror presentarse como libertadores. La otra era militar: las fuerzas del gobierno eran, ciertamente, autoritarias, pero también eran débiles, recluidas en los cuarteles y aisladas internacionalmente. En el año 1979, por ejemplo, los ejércitos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala estaban eliminados de los programas estadounidenses de adiestramiento, ventas, y aún compras: entonces, como ahora, Costa Rica no tenía ejército. En cambio, las fuerzas de los guerrilleros podían be-

neficiarse de la enajenación local, el extenso apoyo de Cuba —en los sectores de adiestramiento, armas y propaganda— y la ayuda de terroristas desde Sudamérica y el Oriente Medio.

De manera irónica, esas ventajas dieron el resultado opuesto del que se esperaba. El exceso de confianza tanto en su atractivo para el pueblo como sus suministros de armas provenientes del exterior indujeron a los guerrilleros en El Salvador a militarizar su estrategia. A principios del 1981, lanzaron una "ofensiva final" que fue un resonante fracaso. En marzo de 1982 trataron de impedir las elecciones y, en vez de ello, provocaron una participación masiva de votantes que de este modo expresaban su repudio a la postura de los guerrilleros. Pese a que varios guerrilleros siguen hablando, el movimiento guerrillero se ha revelado como el de una minoría destructiva rechazada por la sociedad salvadoreña.

Errores de juicio similares a estos han pervertido al régimen sandinista de Nicaragua. Poco a poco, los sandinistas han ido desplazando a aquellos cuyo sacrificio contribuyó a la caída de Somoza —la prensa libre, la Iglesia, los partidos políticos, los sindicatos, el sector privado. Unos 2000 asesores militares y de seguridad cubanos y del bloque soviético se han unido a los dirigentes del régimen. Al extenderse la desilusión, incluso entre héroes sandinistas tales como Edén Pastora, el "Comandante Cero", reina ahora la represión abierta contra los dirigentes religiosos y las minorías étnicas; es decir, contra los mismos grupos cuya protección constituye la esencia del pluralismo. La historia empieza a repetirse. Se han postergado las elecciones, las manifestaciones son cada vez más frecuentes y algunos grupos de oposición incluso han tomado las armas. El nuevo régimen nicaraguense se está convirtiendo en una nueva dictadura basada, una vez más, en una casta privilegiada y militarizada. Al igual que el régimen de Somoza en el pasado, el gobierno de Nicaragua está comenzando a librar una guerra contra su propio pueblo.

Pero si la izquierda violenta está avasallando al Istmo, los beneficiarios no han sido sus rivales tradicionales, la derecha violenta.

Cuando, hace cerca de tres años, fue derrocado el gobierno militar de El Salvador, la nueva Junta reformista se vió atacada, no sólo por los guerrilleros de la extrema izquierda, sino también por la extrema derecha que actuaba a través de sus escuadrones de la muerte y algunos elementos de las fuerzas de seguridad. El resultado fue una explosión de violencia. Hace año y medio, el número de muertos oscilaba entre 600 y 2,000 al mes, según qué fuente se aceptara. El país estaba enfermo, aquejado de violencia política.

Esta enfermedad todavía no se ha curado. Pero ya no presenta una forma tan virulenta. En los últimos meses, las muertes de no combatientes han descendido a un promedio de 300 a 500 al mes —dependiendo, una vez más, de a quién se cree— y parecen estar disminuyendo gradualmente. Esto supone todavía un número de víctimas elevadísimo en un país de 5 millones de habitantes, pero de 300 a 1500 bajas menos al mes es, indudablemente, una tendencia positiva.

¿Por qué está disminuyendo la ola de violencia en El Salvador? En parte se debe a la consolidación del nuevo gobierno reformista, que ha contenido gradualmente la violencia de la guerrilla y reforzado su autoridad sobre las fuerzas de seguridad, con lo que, poco a poco, ha ido creando un clima en el que la violencia es menos ventajosa, aunque todavía no está adecuadamente eliminada, ni controlada y castigada.

Pero yo creo que aquí entran en juego elementos mucho más importantes. Las incipientes instituciones democráticas están brindando una alternativa a la violencia como medio de

expresión política. En las elecciones de marzo, seis partidos, que iban de la extrema derecha al centro-izquierda, compitieron en una campaña que, sin estar exenta de violencia, no se vio influenciada de manera significativa por el uso de la fuerza. La nueva democracia salvadoreña está haciendo lo que se esperaba de ella: incorporar una amplia gama de fuerzas y facciones en un sistema que funciona.

Al mismo tiempo, un vasto programa de reforma agraria ha hecho que, por primera vez, los campesinos tengan un interés personal en la sociedad. El 20 por ciento de todas las tierras arables, que estaban en manos de unos 2000 terratenientes ausentes en su mayoría, se ha distribuido entre 60,000 campesinos y sus familias.

Tal vez la más notable medida de progreso es la transformación de la clase militar que, de una institución consagrada al status quo, se ha convertido en punta de lanza de la reforma agraria y apoyo de la democracia constitucional.

El cambio de orientación hacia la democracia no se limita a El Salvador. En noviembre de 1981, un gran número de votantes acudió a las urnas en Honduras para elegir a un nuevo gobierno democrático, después de largos años bajo el control militar. En febrero pasado, una votación de magnitud similar reafirmó la democracia costarricense y llevó al poder al Partido Social Demócrata, que representaba la oposición. Y no se debió a la casualidad el que en las democracias Costa Rica y Honduras, así como en El Salvador, la extrema izquierda no recibiera, prácticamente, ningún apoyo popular en las elecciones.

Mientras tanto, en Guatemala un golpe derrocó a un gobierno represivo que estaba luchando contra los guerrilleros organizados con creciente indiscriminada violencia. El nuevo gobierno, aunque todavía militar, ha reducido considerablemente los abusos del gobierno, está estudiando la convocación de elecciones para un Asamblea Constituyente, y ha sustituido la antigua hostilidad y recelos hacia la población rural con esfuerzos por darles los medios de desarrollar y defender sus comunidades.

En una palabra, han aparecido nuevas alternativas frente a los extremos violentos del pasado en América Central.

Los Estados Unidos han desempeñado un importante papel en la promoción de estas alternativas. Con retraso, —y al principio de manera irregular, pero con una firmeza que es tanto más sorprendente cuanto dos gobiernos sucesivos de los Estados Unidos, muy distintos entre sí, no se han apartado de este curso, hemos puesto nuestra influencia al servicio del bienestar y la seguridad de nuestros vecinos.

Nuestros esfuerzos se han concentrado, principalmente, en los sectores económico y político. No menos del 85 por ciento de toda la ayuda aprobada o solicitada al Congreso para los años fiscales de 1981 a 1983 es de carácter económico. A fin de que los países de la región puedan valerse por sí mismos en el futuro, el Presidente ha propuesto un innovador programa de concesiones arancelarias y estímulos fiscales: la iniciativa sobre la Cuenca del Caribe, que el Congreso está estudiando en la actualidad. Su aprobación imprimirá un impulso vital a la confianza y la paz en la región.

De igual importancia ha sido nuestro compromiso político. La reforma agraria fue una idea salvadoreña, pero no podría haber triunfado en 1980 si no la hubiésemos respaldado y, una vez más, podría haber sido sofocada esta primavera si no hubiéramos persistido en nuestro apoyo. Las elecciones de Honduras y El Salvador se prepararon, asimismo, localmente, pero fácilmente podrían haber fracasado si no les hubiéramos prestado tan firme apoyo. Los derechos humanos tampoco son un producto importado de los Estados Uni-

dos. La gran mayoría de los centroamericanos desean fervientemente el fin de la anarquía. Pero creemos que la constancia de nuestro interés los ha ayudado a progresar en la lucha por controlar los abusos contra los derechos humanos.

Al mismo tiempo, no hemos olvidado las legítimas necesidades de asistencia en materia de seguridad. Enfrentado con la ofensiva de la guerrilla en El Salvador, y consciente de que una red comunista estaba suministrando armas y municiones en apoyo de esa ofensiva, el Presidente Carter autorizó las ventas militares a El Salvador. El Presidente Reagan ha continuado prestando asistencia militar. Las cantidades han sido, y siguen siendo, muy inferiores a las otorgadas en concepto de asistencia económica; el material, no sofisticado.

No tenemos el deseo ni el propósito de prolongar o extender el conflicto. Al contrario. Pero no podemos permanecer ni permaneceremos al margen cuando en El Salvador, o en cualquier otro lugar, gobiernos reconocidos internacionalmente y empeñados en poner en práctica reformas que apoyamos, se ven forzados a enviar a luchar a reclutas sin adiestramiento y provistos de escasa munición, contra guerrilleros adiestrados en Cuba, apertrechados y coordinados desde el exterior.

Por la misma razón, estamos prestando ayuda militar limitada a Honduras, que se ha convertido en el nuevo objetivo de Cuba y Nicaragua para el terror y la intimidación armada.

Incluso Costa Rica, un país sin ejército, ha venido para hablar con nosotros de asistencia en materia de seguridad. Su pueblo teme, también, la amenaza de una agresiva Nicaragua con creciente potencia militar y dedicada a la exportación de la revolución violenta.

Si mucho es lo que se ha logrado, también es mucho lo que queda por hacer.

En El Salvador, es preciso completar la transformación democrática: convocar a elecciones presidenciales, reestablecer el sistema judicial, defender la reforma agraria, terminar con la violencia y la destrucción, y convencer a los guerrilleros, todavía peligrosos, de que no pueden conseguir el poder por las armas y que tendrán que competir por él en las urnas.

En Guatemala se debe comenzar la transformación democrática, terminar con los abusos contra los indígenas y otros residentes de las zonas rurales, y permitir a los campesinos progresar en paz.

En Honduras y Costa Rica y en El Salvador y Guatemala se deben revitalizar economías débiles, en bancarota, o a punto de la bancarota, ayudarlas a atraer nuevas inversiones y comercio.

En Nicaragua, es preciso hallar una forma de evitar la cada vez mayor concentración de poder y militarización, y la creciente represión de sus ciudadanos y peligro para sus vecinos.

De todos estos problemas, el de Nicaragua es el más alarmante. Fue el gobierno sandinista el que regionalizó el conflicto en América Central al respaldar la violencia en El Salvador. El dirigente sandinista Daniel Ortega me dijo en una ocasión que el FMLN —la coalición de guerrillas salvadoreñas— es "nuestro escudo". El apoyo sandinista no ha disminuido. El FMLN tiene su sede en Nicaragua, recibe apoyo logístico constante de Nicaragua, sobre todo por mar y aire, aunque también por tierra. Sus campos de adiestramiento están en Nicaragua.

Y ahora Nicaragua está propagando la violencia a Costa Rica y Honduras. A medida que un mayor número de nicaragüenses ha ido expresando sus sentimientos con su huida del

país —13,000 indios Miskitos y Sumo y millares de antiguos sandinistas han seguido a los anti-sandinistas a los refugios vecinos— Managua ha comenzado a ejercer presión y amenazar a sus vecinos. En el centro de San José, agentes nicaragüenses de inteligencia vinculados a la Embajada de Nicaragua organizan actividades terroristas, incluso la colocación de bombas en las oficinas de una línea aérea, mientras que tropas nicaragüenses penetran en territorio costarricense y hostigan a propietarios de pequeñas haciendas, y aviones nicaragüenses violan el espacio aéreo de Costa Rica. En Tegucigalpa el FMLN salvadoreño respaldado por los sandinistas dejó sin luz a la capital al dinamitar la red de suministro de energía eléctrica, mientras que Nicaragua está amenazando abiertamente a Honduras, movilizandó su ejército y milicia y desplegando tropas a lo largo de la frontera hondureña.

¿Qué puede hacerse para mantener y establecer las alternativas a la irresponsable propagación de la violencia?

Evidentemente, mientras que las minorías violentas desde el interior, o los vecinos hostiles desde el exterior, afirman su derecho a hacer uso de la fuerza, no puede haber alternativa a la preparación militar y al mantenimiento de la seguridad. Los Estados Unidos ayudarán a sus amigos de la región a defenderse de ambas amenazas durante todo el tiempo que sea necesario.

Pero esta respuesta por sí sola no basta. Debemos buscar y explorar toda oportunidad de reconciliación y paz.

Su santidad el Papa Juan Pablo II ha puesto de relieve, recientemente, este imperativo moral en cartas dirigidas separadamente a los Obispos de Nicaragua y El Salvador. En ambas, hace un llamamiento a la reconciliación y a la unidad. La carta a Nicaragua fue censurada por los sandinistas, que primero impidieron oficialmente su publicación para después dar su consentimiento. En su carta a El Salvador, después de observar las "nuevas perspectivas institucionales abiertas en los últimos tiempos" por las elecciones, el Papa dijo que "una condición indispensable de la reconciliación (es) el cese de toda la hostilidad y la renuncia al uso de las armas".

Este no es un sueño irrealizable. Se pueden tomar medidas que conviertan la visión del Papa en una realidad.

Las oportunidades de reconciliación son más evidentes en El Salvador. De la agonía de este país hermano han surgido una asamblea constituyente, un gobierno provisional de transición, y un compromiso de continuar la democratización. Algunas de las fuerzas que anteriormente propugnaban soluciones violentas, principalmente fuerzas de la extrema derecha, han comenzado a respetar las leyes y a participar en el proceso político. Otras, principalmente de la extrema izquierda, todavía tienen que hallar un camino que les permita apartarse de su compromiso con la violencia.

El nuevo gobierno de El Salvador se ha dado cuenta de la oportunidad. El 3 de agosto, a instancias del Presidente Magaña, los dirigentes de los partidos políticos se unieron al presidente en la adopción de un plan de acción unificada para poner fin a las divisiones existentes dentro de El Salvador. Uno de los elementos clave del plan es la creación de una nueva comisión de paz. La comisión estará integrada por instituciones, grupos y personas respetadas que tendrán la responsabilidad específica de evaluar los requerimientos de la paz, y de proponer soluciones. Junto con nuevas comisiones similares sobre derechos humanos y el proceso político, la comisión de la paz es un importante paso adicional hacia la reconciliación nacional.

Todas éstas son señales muy positivas. Lo importante es realizarlas con seriedad. La amnistía deberá ofrecer verdaderas seguridades, con la participación de la Iglesia y organis-

mos internacionales. Y el diálogo deberá consistir tanto en escuchar como en hablar, brindándole a los adversarios las oportunidades de explicar la forma como podrían participar en las nuevas instituciones democráticas. Los Estados Unidos tienen muchas esperanzas de que el nuevo gobierno actúe con rapidez e imaginación en esta vital cuestión.

El establecimiento de la paz en un plano regional es todavía más complejo. El orden entre las naciones exige el orden dentro de las naciones, así como la negociación de arreglos que respeten su integridad territorial e identidad nacional. La regionalización de las tensiones se deriva de crisis en todos estos sectores.

Aquí también existen bases para el progreso. Los problemas son demasiado numerosos para que se les puedan aplicar simples soluciones. Pero existen muchas propuestas y posibilidades individuales para hacer frente a las distintas facetas del problema.

Honduras ha presentado una propuesta de paz con Nicaragua, pidiendo que se ponga fin a las incursiones fronterizas, la congelación de las importaciones de armas pesadas, y una verificación integral. Estas propuestas cuentan con el apoyo de sus socios en la Comunidad Democrática Centroamericana, Costa Rica y El Salvador.

Los Estados Unidos también han presentado propuestas desde hace cerca de un año, y más intensamente desde abril, hemos tratado de entablar un diálogo con Nicaragua.

Hemos tratado de dar respuesta a las inquietudes de Nicaragua, sin olvidar las de los vecinos de Nicaragua y las nuestras.

Los sandinistas nos dicen que temen una invasión de los Estados Unidos. Por consiguiente, les hemos ofrecido concertar un convenio oficial de no agresión.

Los sandinistas nos dicen que los antiguos somocistas se están adiestrando en los Estados Unidos para invadir Nicaragua. Les hemos asegurado que estamos aplicando nuestra ley de neutralidad, según la cual constituye un delito federal lanzar un ataque o conspirar para atacar a otro país desde los Estados Unidos.

Los sandinistas nos dicen que estamos regionalizando el conflicto, preparando a Honduras, El Salvador y Costa Rica como bases de acción contra ellos. Por tanto, hemos sugerido que todos los países de América Central se comprometan a poner un límite razonable y bajo al número de asesores extranjeros militares y de seguridad que tengan, así como a no importar más armas ofensivas pesadas. Ambos compromisos tendrán que estar sujetos, naturalmente, a la verificación internacional.

Nicaragua también tendría que acallar los temores que sus vecinos y nosotros compartimos.

Hemos pedido a los nicaraguenses que pongan fin a su participación en el conflicto de El Salvador. Los sandinistas aseguran no tener noticia de tal intervención, pero están dispuestos a terminarla si les damos la información que tenemos. En el curso de nuestros intercambios más recientes hemos sugerido que un buen comienzo sería retirar de Nicaragua el cuartel general combinado de las guerrillas, y les hemos ofrecido a los sandinistas ayudarlos a localizarlo. Por ejemplo, el punto desde donde se dirigen las operaciones de las guerrillas en El Salvador estaba recientemente en una zona residencial en las afueras de Managua. Estamos convencidos de que, a pesar de que se traslada con frecuencia dentro de Nicaragua, se le puede hallar. Nicaragua aún no ha respondido a esta propuesta.

Asimismo, Nicaragua debe poner paro a su terrorismo y otras actividades agresivas contra Honduras y Costa Rica.

Les hemos planteado una segunda cuestión que también concierne a Nicaragua profundamente. Me refiero a la tendencia de la organización y uso del poder estatal en Nicaragua. Por supuesto, es a Nicaragua a quien corresponde decidir qué clase de gobierno tiene. Nadie lo pone en duda. Nosotros no. Tampoco sus vecinos.

Pero creemos que todos tenemos derecho a preguntar qué clase de garantías cualquiera de nosotros puede tener de que las promesas de no intervención se mantendrán si el estado nicaraguense sigue siendo del dominio privado de una pequeña élite de Marxista-Leninistas asesorados por Cuba, con creciente poder militar a su disposición y hostiles a toda forma de vida social, con la única excepción de aquellas que puedan dominar. Y también nos creemos con derechos a preguntar qué suerte van a correr los internacionalmente reconocidos derechos humanos bajo estas condiciones. Estas cuestiones no constituyen una defensa secreta de otra índole, para un retorno al desacreditado "Somocismo". La respuesta a ellas se podría encontrar en el cumplimiento de los propios compromisos originales de los sandinistas para con la democracia y la paz de la región.

Estas son algunas de las ideas que hemos propuesto, no en ningún sentido prescriptivo, sino para iniciar un diálogo que genere respuestas, para tratar de establecer un clima favorable. No existe una forma que baste por sí sola para garantizar la paz en América Central. Pero nuestras experiencias colectivas indican que es necesario actuar en cada uno de los cuatro frentes siguientes:

—Dentro de cada estado debería iniciarse un proceso de reconciliación en el que los adversarios pudieran sustituir la confrontación armada por la confrontación política. Esto supone, como lo ha observado su Santidad el Papa, una renuncia a la violencia y una incorporación al proceso civil. Dadas las grandes divisiones que existen en cada país, esto requiere que se respeten o establezcan instituciones democráticas o, al menos, pluralistas, y se estimule la amplia participación en ellas.

—Se debería poner fin a la exportación de la subversión entre estados. Esto significa la retirada, sujeta a verificación integral, de cuarteles generales, apoyo logístico y campos de adiestramiento de movimientos guerrilleros instalados fuera del país de su origen.

Debe ponerse fin al aumento de armas pesadas que amenaza a los países vecinos y destruye el tradicional equilibrio militar regional. La forma más fácil de lograr esto sería a través del compromiso de todos los países de la zona de no introducir en su territorio más armas específicas, tales como más tanques o aviones de combate, lo que, naturalmente, también estaría sujeto a verificación.

—Finalmente, se debería limitar la intervención extranjera, especialmente en las cuestiones que afectan a la seguridad, a fin de ayudar a la región a establecer su propio equilibrio pacífico en sus propios términos. Cada país debería establecer un límite máximo al número de asesores militares y de seguridad y tropas extranjeras, sujeto, una vez más, a reciprocidad y total verificación. ¿Por qué no poner este tope en cero?

Un número de países democráticos —los Estados Unidos, Honduras, Costa Rica y otros— han tratado, durante este año, de entablar un diálogo con Nicaragua. Es muy poco lo logrado. Pero no debemos abandonar la idea. Tal vez los países democráticos deberían unirse y ver si acaso pueden formular un enfoque común. Existen posibles piedras angulares para edificar la paz. La cuestión consiste en cómo cimentarlas.

En el pasado, los Estados Unidos, por lo general, han

prestado ~~escasa~~ atención a América Central. Solo se acordaban de ella para enviar tropas cuando la situación se hacía insostenible.

Las tropas de los Estados Unidos no son la solución hoy en día. Lo que puede ser de ayuda es el compromiso continuado de los Estados Unidos, no sólo para contribuir a controlar la violencia, y no sólo para contribuir a restaurar y fomentar economías, sino al desarrollo de instituciones democráticas. Nuestra experiencia acerca del Siglo XX nos indi-

ca que los gobiernos que tienen que enfrentarse al pueblo en elecciones no cometen abusos durante mucho tiempo contra sus derechos humanos. Ni amenazan con frecuencia a sus vecinos.

Admito que se trata de una tarea de gran envergadura. Pero en una región de tanta importancia para nosotros por su posición estratégica, por su proximidad, por los vínculos humanos que nos unen a ella, no podemos hacer menos. No podemos volver la espalda.

